y tercera, implica el establecimiento, en nuestra naturaleza, de una regla de conducta o, más brevemente, de un *hábito*. Al calmarse la irritación de la duda, que es el motivo del pensar, el pensamiento se relaja, y queda en reposo durante un momento, descansando en la certeza. Pero, puesto que ésta es una regla para la acción, y su aplicación supone nueva duda y nuevo pensamiento, es a la vez meta y punto de partida. Por ello me he permitido llamarla pensamiento en reposo, aunque el pensamiento es esencialmente acción. El resultado *final* del pensar es el ejercicio de la volición, y de ésta ya no forma parte el pensamiento; pero la certeza es tan sólo un estadio de la acción mental, un efecto del pensamiento sobre nuestra naturaleza, que ha de influir en el pensar futuro.

La esencia de la certeza es la fijación de un hábito; y pueden distinguirse diferentes certezas por los diversos modos de acción que originan. Si las certezas no difieren en este aspecto, si calman la misma duda produciendo la misma regla de acción, las simples diferencias en la forma de tener conciencia de ellas no pueden hacerlas diferentes, del mismo modo que interpretar una melodía en diferentes tonos no es tocar diferentes melodías. A menudo se hacen distinciones imaginarias entre certezas que sólo difieren en su modo de expresión; pero la disputa que de ello deriva sí es bastante real. Creer que ciertos objetos están dispuestos entre sí como en la figura 1, y creer que lo están como en la figura 2, son una y la

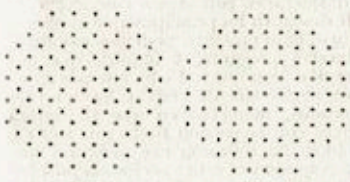

FIG. 1

FIG. 2

misma creencia; sin embargo, es concebible que una persona afirme una de estas proposiciones y niegue la otra. Tales falsas distinciones son tan peligrosas como la confusión de creencias realmente diferentes, y figuran entre las trampas a las que debemos prestar constante atención, especialmente cuando nos movemos en el terreno metafísico. Un muy frecuente engaño de esta clase consiste en tomar la sensación producida por nuestra propia confusión mental por una característica del objeto en que pensamos. En vez de percibir que la obscuridad es puramente subjetiva, imaginamos contemplar una cualidad del objeto, que surge así como esencialmente misterioso; y si nuestro concepto nos fuese más tarde presentado en forma clara, no lo reconoceríamos, debido a la ausencia del sentimiento de ininteligibilidad. Mientras dura este engaño, se establece naturalmente una barrera infranqueable en el camino del pensar lúcido; de modo que tanto interesa a los enemigos del pensamiento racional el perturbarlo, como a sus fieles el prevenirse contra él.

Otro de tales engaños es el de confundir una simple diferencia en la construcción gramatical de dos palabras con una distinción entre las ideas que expresan. En esta edad pedante, cuando la plebe de los escritores atiende mucho más a las palabras que a las cosas, tal error es bastante común. Cuando antes afirmé que el pensamiento es una *acción* y que consiste en una *relación*, aunque una persona lleva a cabo una acción, pero no una relación, que sólo puede ser el resultado de una acción, no había, sin embargo, incoherencia en cuanto dije, sino tan sólo vaguedad gramatical.

Estaremos totalmente a salvo de tales sofismas mientras reflexionemos en que la total función del pensamiento es producir hábitos de acción; y que todo lo relacionado con un pensamiento, pero irrelevante para su fin, es un añadido a él, pero no parte suya. Cuando hay una unidad entre nuestras sensaciones que no hace referencia a cómo actuaremos en una ocasión dada, según ocurre cuando escuchamos una obra musical, a esto no lo llamamos pensar. Para desarrollar su significado no tenemos, por tanto, más que determinar qué hábitos produce; pues lo que una cosa significa es, simplemente, los hábitos que implica. Ahora bien; la identidad de un hábito depende de cómo puede conducirnos a actuar no solamente bajo las circunstancias que seguramente van a producirse, sino bajo todas las que pueden ocurrir, por muy improbables que sean. Lo que el hábito es depende de *cuándo* y *cómo* nos obliga a actuar. Respecto al *cuándo*, todo estímulo a la acción se deriva de la percepción; respecto al *cómo*, el fin de toda acción es producir algún resultado sen-